



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## PRÓLOGO.

Uno de los mayores privilegios de que goza el historiador como rey de lo pasado, es el poder resucitar á los hombres con sólo tocar con su pluma los cadáveres, y reedificar los palacios con sólo tocar sus ruinas : al sonido de su voz se reúnen los diseminados huesos, la carne los cubre de nuevo, y vuelven también los suntuosos trajes á vestir á los que su pluma reanima. Si le place elegir algún personaje entre el inmenso concurso de este Josafat, donde tres mil siglos vienen á amontonar sus hijos, le basta llamarlo por su nombre para que el elegido, sacando la cabeza de la tumba y recogiendo los pliegues de la mortaja, le responda como Lázaro á Cristo : « Aquí estoy, señor ; ¿ qué me queréis ? »

Necesítase, sin duda, bajar con segura planta á las profundidades de la historia, necesaria es una

voz imperiosa para interrogar las fantasmas, y una mano que no tiemble al escribir las palabras que ellas dictaren. Los muertos han bajado consigo á la tumba, más de una vez, secretos bien terribles, que el sepulturero ha enterrado al mismo tiempo que á ellos. Los cabellos del Dante emblanquecieron al oír las narraciones del conde Ugolino, y sus ojos conservaron un mirar tan sombrío, y una palidez tan mortal sus mejillas, que cuando Virgilio le volvió á la superficie de la tierra, las mujeres de Florencia, adivinando de dónde venía aquel viajero, decían á sus hijos enseñándoseles: « Veís ese hombre tan grave y tan triste, pues ha estado en el infierno. »

Puédesenos ahora comparar exactamente con Dante y Virgilio, exceptuando, por supuesto, de esta comparación la parte que tiene relación con el talento: las puertas de los subterráneos de San Dionisio, que van á abrirse al vernos, tienen más de un punto de semejanza con las del infierno: la misma leyenda puede aplicarse maravillosamente á ambos; de modo que si tuviésemos la antorcha de Dante y nos guiase Virgilio, no necesitaríamos malgastar mucho tiempo en medio de las tres

razas reales que pueblan los sepulcros de la caduca abadía, para encontrar algún asesino cuyo crimen no fuese menos refinado que el del arzobispo Rogiero, ni alguna víctima cuyas tribulaciones fuesen menos dignas de lástima que las del preso de la torre de Pisa.

Uno hay entre aquellos sepulcros, por cuyas inmediaciones jamás nos ha sido dado pasar sin detenernos, cruzar los brazos y humillar la frente. Está este sencillo sepulcro de mármol negro en una de las galerías de la izquierda; vense en él recostadas dos estatuas juntas, la una de hombre y la otra de mujer. Va ya para cuatro siglos el tiempo que hace que están descansando con las manos juntas y orando, porque el hombre pide á Dios cuenta de su cólera y la mujer implora el perdón divino por su traición: ha de saber el lector que estas estatuas son la de un imbécil y la de una adúltera: la locura de uno y los amores de la otra ensangrentaron durante veinte años la Francia; y puede asegurarse sin temor de ser desmentido, que no faltó razón al que escribió después estas palabras alrededor del mármol frío que los reunió:

« Aquí yace el rey Carlos el bien amado, sexto

de este nombre, é Isabel de Baviera. Pedid á Dois por su alma. »

Pues que nos hallamos en San Dionisio, vamos á abrir los archivos misteriosos de aquel reinado que pasó, como ha dicho uno de nuestros poetas, « entre la aparición de un anciano y de una pastora, no dejando más huella de su existencia que una amarga irrisión de lo que es el destino de los imperios y la fortuna de los hombres; un juego de naipes. »

Para una página que hallemos pura y blanca en este libro encontraremos otras mil salpicadas de sangre, y otras muchas enlutadas, porque Dios quiso que este miserable mundo participase de esos tres colores; así que, cuando hizo el escudo de armas de la vida humana, le puso por divisa: « INOCENCIA, PASIONES Y MUERTE. »

Ahora vamos á abrir este libro, como Dios abre la vida, por las páginas blancas; demasiado pronto llegaremos á las de sangre y á las de luto.

---

## ISABEL DE BAVIERA.

---

### I.

#### La reina Isabel.

El domingo 20 de Agosto del año de 1389, amaneció alumbrando la inmensa concurrencia, que se aumentaba á cada instante en el camino de San Dionisio á París.

Acudía ansioso el pueblo tan de madrugada, porque la reina Isabel, hija del duque Esteban de Baviera y mujer del rey Carlos VI, hacía su primera y solemne entrada como soberana en la capital del reino.

Debe en verdad decirse, para justificar tanta curiosidad, que se contaban mil maravillas de la princesa; sabíase que la primera entrevista que con el rey tuviera había sido en viernes; sabíase igualmente que el rey se había prendado tan apasionadamente de ella, que sólo á duras penas